

Deuda interna

Argentina

Vivo en Córdoba, es decir en el centro del país. A comienzos del año que pasó, me invitaron a unas jornadas en el marco del Plan Nacional de Lectura. Tenían lugar en Formosa, al norte, en el límite con Paraguay, y estaban destinadas a docentes y bibliotecarios de la región Noreste. Las actividades del Plan Nacional de Lectura se articulan con los gobiernos provinciales y en este caso quien costeaba mis gastos era la provincia de Formosa. Pronto tropezamos con el primer inconveniente: no hay vuelos Córdoba-Formosa, como no los hay casi entre las diversas ciudades del país, por lo que –para cualquier acción y gestión– hay que pasar por Buenos Aires. El viaje debió hacerse Córdoba-Buenos Aires/Buenos Aires- Corrientes (en avión), Corrientes-Resistencia (en taxi) y Resistencia-Formosa (en ómnibus). Para eso es necesario hacer noche en la capital. Corolario: cuesta dos veces más (en tiempo, en recursos), trasladar a un escritor “del interior” hasta una ciudad también “del interior” que a uno de Buenos Aires hacia cualquier ciudad de provincia. Quizás por eso la mayor parte de los recursos y las demandas converge en la capital. De todas maneras, los organizadores insistieron en invitarme y el recorrido fue un viaje por la Argentina profunda –abanico geográfico, económico y social– para llegar a Formosa con 40 grados de calor, aunque estábamos en pleno invierno.

El encuentro con los docentes fue multitudinario y cálido. Sobre todo ávido. Muchos maestros me dijeron que era la primera capacitación que hacían, después de haber obtenido su título. El tenor de las preguntas derivó hacia la disyuntiva literatura/lengua y hacia la utilidad o gratuidad de la literatura, cuestiones por las que yo, como

muchos otros, comenzamos a preocuparnos hace más de veinte años. Las conversaciones en los pasillos estuvieron llenas de sorpresas: un maestro proveniente de una comunidad de la etnia guaraní me confesó que –ahora que tenían algunos libros– no le había costado entusiasmar a los chicos con la lectura porque en la escuela y en la comunidad carecían de luz eléctrica, de modo que la cuestión libros-televisión o libros-computadoras no tenía para ellos mucho sentido. Alguien me contó que un cuento que relata el despojo de un pintor de Oriente, les había interesado por encontrarlo –sorpresas de los textos– muy cercano a sus vidas. Con una maestra cuya escuela tiene energía eólica y sólo puede usar su computadora durante la noche, intercambié correos durante el año. A poco de regresar a casa, me entero de que, al calor de las conversaciones entre colegas, nació en la ciudad de Resistencia, acaso para hacerle honor a ese nombre, una campaña de lectura en la vía pública, más precisamente en el trencito urbano que une el Gran Resistencia...

En lo que hace a lectura y a libros (tanto como a otras cuestiones) el territorio nacional es por demás diverso: muchas provincias tienen planes o programas de lectura, algunas contaban ya con ellos antes del 2003, otras están comenzando: la tendencia es el fortalecimiento de lo ya existente y la conformación de equipos cuando no los hay. Es de esperar que continúe la articulación entre Nación y provincias para seguir pensando la lectura en la escuela, ahora que las políticas en torno al libro han comenzado a paliar la deuda interna (reflejo de otras deudas aún más profundas) existente. 

María Teresa Andruetto, escritora